DÍA DECIMOCUARTO

MEDITACIÓN

DE LA PROVIDENCIA QUE TOMÓ EL OBISPO PARA CERCIORARSE DE LA VERDAD

Mas ellos se pusieron á observarle.
(Luc. XIV, 1.)

Esconderánse, y observarán el rastro de mis pies. (Psalm. LV, 7.)

El enviado... desvanecióse ante sus ojos.
(Judic. VI, 21.)

PUNTO PRIMERO

AL Obispo, viendo que Juan Diego ni dudaba ni dificultaba el volver á la Virgen y pedir la señal que se le proponía, le pareció que aquella confianza indicaba seguridad, y entrando en mayor concepto del caso, juzgó que debía poner más cuidado y diligencia en averiguarlo. Para esto excogitó un expediente que creyó muy oportuno, y fué el hacer seguir disimuladamente al mensajero por dos personas de confianza, para que sin perderlo de vista fuesen en pos de él, hasta cerciorarse dónde iba, ó con quién hablaba. Así lo hicieron los sirvientes, pues sin que él lo advirtiese, lo fueron siguiendo á una vista; salieron de la ciudad, pasaron la calzada, llegaron al puente de un arroyo que desagua cerca del monte en la laguna, bajaron á la llanura, y allí, sin saber cómo ni por dónde, desapareció Juan de su vista, sin que bastase diligencia alguna, de muchas que hicieron, por encontrarle. Ni vieron ni oyeron tampoco á ninguna otra persona sobre quién pudiese recaer sospecha alguna. Acerca de este suceso, considera cómo el Prelado obró con prudencia, tratando de informarse de la verdad, pues como ya hemos meditado, la Sagrada Escritura manda que los espíritus se pongan á prueba, y que no se dé crédito á cualquier espíritu. Y como el dicho de un solo testigo no es prueba suficiente, fué un prudente dictamen el de hacer seguir al neófito, para observar si con alguno estaba confabulado para engañar, ó si acudía á sitio sospechoso, ó si hablaba de un modo extático con algún ser sobrenatural. Dios Nuestro Señor no reprueba las determinaciones de la prudencia cuando no parten de un espíritu presuntuoso, ni contradicen á las reglas de la sabiduría divina. Los superiores no podrían vigilar sobre sus súbditos, y apartarlos del peligro, si no tuvieran el derecho de una severa vigilancia;

principalmente en la novedad de hechos sobrenaturales, en los que es tan fácil, ó la ilusión inocente, ó el engaño diabólico. Así, los que se indignan con el Prelado por esta disposición, como si dudase injustamente de las obras de Dios, faltan á la caridad y á la prudencia, imputando incredulidad á un religioso tan santo, y queriendo que juzgara de un suceso que absolutamente no le constaba, como nosotros que ya le sabemos después de sucedido con su carácter de maravilloso. Y aunque algunos escritores guadalupanos parecen juzgar de esa manera, su piedad es menos sólida que ilustrada, y no reflexionaron bastante sobre las luces que Dios da á los que pone á gobernar su Iglesia, y en que la mayor reserva y circunspección se observa hasta hoy día en esta clase de negocios. Así pues, el Prelado estuvo en su derecho, obró con toda prudencia, y aún, en los designios de Dios, sirvió más á la causa Guadalupana con sus temores y sus dudas, que si de plano hubiera creído y confesado sin examen. Así es como dicen los Padres, que más nos sirvió Santo Tomás Apóstol con sus dudas y su tardanza en creer la resurrección del Señor, que los demás apóstoles con la firmeza y prontitud de su fe. No hay, pues, que juzgar de los superiores, que están asistidos de particulares

luces del cielo para la dirección de las almas y la administración de los negocios de la Iglesia.

PUNTO SEGUNDO

Mas si el dictamen del Obispo fué recto y prudente, ¿por qué permitió el Señor que completamente fracasase, y el superior quedase como más vacilante y más propenso á la incredulidad? Muchas razones podemos considerar, fuera de las que están escondidas en la eterna sabiduría. Primeramente, quiere el Señor reservarse enteramente para sí algunas obras, y no dejar que sean medidas por las reglas, aunque justas, de la humana prudencia. En este sentido dice en la divina Escritura: «yo perderé la sabiduría de los sabios... y reprobaré la prudencia de los prudentes.» (Isai. XXIX, 14). De este modo dejó el Señor mejor mirar su mano que obra como de Soberano absoluto que no está sujeto á otras leyes que las de su ciencia incomprensible. En segundo lugar, así como en las pinturas resalta más la luz con las sombras que la acompañan, así resaltan más las obras de Dios, y aparecen más gloriosas acompañadas de las hostilidades y contradicciones de los hombres. Finalmente, manifiesta más el Señor

su poder y su virtud, permitiendo que las dificultades y las oposiciones parece que van á ahogar todo en su germen, y que todo aparece locura; y á la hora de la Providencia todo cambia, todo se allana, y se realizan los sucesos más combatidos, de la manera más admirable. Así aquí, ni los emisarios del Obispo lograron su intento, ni vieron más al mensajero que se desvaneció de ante sus ojos, ni fueron testigos del virginal coloquio que á pocos pasos de donde andaban en pesquisas, se verificaba. Ponderar cuán cautos debemos ser en juzgar en las cosas de Dios, y en los negocios de nuestra alma; cuánto hemos de confiar en el Señor, que tratándose de obras suyas sabrá sacarlas á luz y hacerlas brillar cuando le plazca, á pesar de todos los vanos juicios de los hombres y de todas las oposiciones de las criaturas; cómo hemos de respetar las decisiones de la Iglesia, y aun las simples disposiciones de los Prelados, mirándolas como emanadas de Dios mismo, y no temiendo que impidan ni estorben las obras del Señor, único que sabe tirar líneas muy rectas con reglas torcidas. Dar gracias á la Santísima Virgen que entre tantos obstáculos, hizo brillar más sus misericordias y triunfar sus amorosos designios.

ORACIÓN

GRANDE, muy grande es tu amor hacia nosotros, Virgen de Guadalupe, pues las muchas aguas de tantas dificultades y contradicciones no bastarán á apagarlo, ni los ríos de la humana prudencia pudieron sofocarla! Tú quieres preservar de oídos curiosos los secretos de tu ternura, y esquivar de los ojos profanos la celestial belleza de tus apariciones. Y por eso haces que tu amado Juan desaparezca á las miradas de los que le seguían, y que los cálculos de la prudencia humana salgan errados. Tus íntimas comunicaciones piden la reserva y el secreto, y, como el Señor, cuando quieres hablar al corazón, conduces primero al alma á la soledad y al retiro. (Osc. II, 14.) ¡Bendita seas, Madre mía, que de un modo tan amoroso te comunicas con los párvulos y sencillos, desdeñando á los sabios y á los poderosos! ¡Bendita seas, que así encubres al humilde Juan, librándolo de curiosas pesquisas, y mostrando que al que se acoge bajo tu poderosa protección tú lo defenderás, y le ayudarás, y á los que esperan en ti, tú «los esconderás en lo recóndito de tu semblante!» (Psalm. XXX, 21.) Escóndeme, Señora, de las astutas tramas de mis ene-

migos; escóndeme de las iras del Señor contra mí justamente irritado, escóndeme de las seducciones del mundo, hoy más temibles que nunca, para que en el secreto de mi alma, te hable, y allí escuche tus dulcísimas palabras, y algún día te vea á las claras en el cielo, y ante los ángeles y los hombres te alabe y venere, como á mi Reina y mi Señora. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

DÍA DÉCIMOQUINTO

MEDITACIÓN

DE LOS JUICIOS FORMADOS ACERCA DE JUAN DIEGO

Juzgando juicios injustos, oprimiendo á los inocentes.
(Dan. XIII, 53.)

Ahora echamos de ver que tú tienes al demonio.
(Joan. VIII, 48.)

PUNTO PRIMERO

Los enviados del Prelado, al ver que Juan Diego se les había perdido de un modo tan extraño, entre el despecho y la vergüenza, de verse, á su juicio, burlados, comenzaron á sospechar acerca de él, y acaso atribuyeron su desaparición á la magia y prácticas supersticiosas, que muy generalmente se atribuían á los indios. Así es que al volver al Obispo, refiriéronle cuanto había pasado, agravaron su sospecha, acusando al indio de superchería y superstición, y diciéndole como se había burlado de ellos desapareciéndoseles impensadamente en la llanura. Procuraron además, ponerle mal ánimo contra

él, indicándole que si acaso volvía, lo tratase, no como á embajador de la Virgen, sino como á hechicero y supersticioso. Sobre estos hechos considera cuán vanos é injustos son los juicios de los hombres: Juan Diego se ocupaba en cosas sumamente laudables, hacía por entonces un oficio que podrían envidiarle los mismos ángeles; era el mensajero de la Reina del cielo y de la tierra, de la Virgen santísima Madre de Dios; y sin embargo, los hombres le juzgan atrozmente, piensan de él lo más malo y más inicuo, le creen mago y hechicero; y lo peor es que no contentos con pensarlo para sí, lo cuentan á su superior, le pintan el suceso con los más negros colores, y tratan de indisponerlo contra el pobre neófito, que estaba muy lejos de advertir la tempestad que se iba formando sobre su cabeza. «La caridad no piensa mal», dice el Apóstol (1, Cor. XIII, 5), y por eso, cuando de un suceso ó de un acto humano, puede juzgarse bien, y mal, debemos inclinarnos siempre á la mejor parte, y no hacer malos juicios de nuestros hermanos. Si la desaparición de Juan podía haber sido por arte diabólico, también podía haber sucedido por intervención divina. ¿Qué razones pudieron tener, pues, los que le juzgaron tan mal, sin ningunos antecedentes en que fundar su juicio, sin ningún conocimiento acerca de la persona, sin ningún participio en los hechos que habían llegado á su noticia? ¿Por qué no pensaron con más caridad, lo que los habría acercado más á la realidad de las cosas? ¿No escucharon aquellos truenos de las Sagradas Escrituras: «¿Quién eres tú que te pones á juzgar al siervo ajeno? ¿Quién eres que juzgas á tu hermano? ¿Quién eres para juzgar así á tu prójimo?» (Rom. XIV, 4, 10, 13.) Tal es la malicia del corazón humano. Reflexiona bien si tal es la tuya; y si eres temerario é injusto en juzgar á los otros, no olvides cómo Dios amenaza muchas veces con juzgar del mismo modo á los que así se portan con sus hermanos. (Isai. XLIX, 25.)

PUNTO SEGUNDO

El Señor de las virtudes, el Santo de los santos, el «Pontífice inocente, incontaminado, segregado de los pecadores, y más excelso que los cielos» (Hebr. VII, 26) nuestro divino Salvador, quiso ser juzgado por los judíos, como samaritano, hechicero, y poseído por el demonio. ¡Jamás juicio más horrible, más infame y más injusto pudo ser formado por el humano pensamiento! Y como nos advirtió que el discípulo no sería más que

su maestro, y que si su Majestad fué perseguido, también lo serían sus seguidores, de aquí es que muchos de sus siervos han sido juzgados de la manera más inicua, y aun la masa de los primeros cristianos, era reputada como la escoria y el oprobio del género humano. Por esto no hay que admirarnos de que Juan Diego, el humilde neófito, el fervoroso cristiano, haya sido juzgado inicuamente como impostor, intrigante, supersticioso y hechicero; permitiéndolo así el Señor por razones muy dignas de su sabiduría. Primeramente, así resplandecería más la virtud de Juan, en medio de las calumnias y sospechas, como resplandece más el oro al fuego del crisol. En segundo lugar, para que la magnitud de las revelaciones no lo envaneciesen se le dió el estímulo de la persecución de las lenguas, que es aguijón que harto lastima. En tercer lugar, era un obstáculo más que se ponía á la obra de Dios, y un triunfo que se preparaba para hacerla más gloriosa. Finalmente, convenía que se palpase lo que dice el Señor en las Sagradas Letras: «yo no juzgo según el mirar de los hombres, que sólo ven lo que aparece por de fuera, pues el Señor mira íntimamente el corazón» (1, Reg. XVI, 7) y que él es el que «sentado sobre su trono, nos juzga justamente» (Psalm. IX, 5), el que juzga sin

pasión, y «con tranquilidad» (Sap. XII, 18) y que juzga á todos, «sin acepción de personas» (1, Petr. I, 17.)

Pondera cómo, por eso, no hay que hacer caso de los juicios de los hombres, que no son quienes nos han de juzgar, pues quien nos juzga es el Señor; pero que, por el contrario, debemos continuamente temblar ante la terribilidad de los juicios de Dios. Los hombres, ni cuando juzgan mal nos hacen malos, ni cuando nos reputan santos y virtuosos, nos hacen justos; pero los juicios de Dios, «sumamente verdaderos y que en sí mismos llevan su justificación» (Psalm. XVIII, 10), nos muestran con terrible realidad lo que somos, y nos deben llenar de un santo y saludable temor. «Ante tus juicios temí», como dice el real profeta. (Psalm. CXVIII, 120.) Y este casto temor será en nuestra hora postrera, la causa de una grande tranquilidad, y de una dichosa y buena muerte.

ORACIÓN

Oh dulce Madre mía, Virgen de Guadalupe! ¡cuán amargos y cuán injustos son casi siempre los juicios de los hombres, y cuánto lastiman á los que únicamente procuran servir al Señor! Las

cosas más sencillas se interpretan malamente; las más pequeñas apariencias que luego no está en nuestra mano evitar, y que con una poca de caridad se explicarían en nuestro favor, se interpretan, por el contrario, de un modo siniestro; y lo más lamentable es, que junto con las almas piadosas padece la piedad, y que muchas veces juntamente con las personas, se desgarran nuestras sagradas creencias y se burla nuestra fe. Líbranos, Señora, de estas mentes dolosas que todo lo juzgan malamente, y de estas lenguas inicuas que todo lo manchan y á nadie perdonan ni nada respetan. Pero sobre todo, haz que no temamos á los que matan al cuerpo y nada más pueden hacer, sino que sepamos temer al Señor que perderá cuerpo y alma en los abismos. Haz que seamos prudentes y circunspectos para que á nadie pongamos ningún tropiezo; pero que al mismo tiempo seamos sencillos, no buscando en todo más que á Dios solo, y despreciando los juicios necios de los hombres. Y de este modo juzgados por Dios benignamente, iremos á verte y gozarte eternamente. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

DÍA DÉCIMOSEXTO

MEDITACIÓN

DE LA TERCERA APARICIÓN DE LA VIRGEN MARÍA DE GUADALUPE

A la nada redujo á nuestros enemigos.
(Judith. XIII, 22.)

Por temor de mis enemigos, dirígeme, Señor, por el sendero recto.
(Psalm. XXVI, 11.)

PUNTO PRIMERO

MIENTRAS Juan el mensajero de la Virgen era seguido y perdido, buscado y no encontrado, delatado y acusado por los enviados del Obispo, él entretanto llegaba al sitio, donde la misericordiosísima Señora lo aguardaba de nuevo para escuchar el éxito de su embajada. Llegado pues que hubo, y adorando rendidamente á la Virgen Santísima, hablóle de esta suerte: «Fuí, Señora, como me mandaste. á ver segunda vez al Obispo, propúsele cómo tú de nuevo me enviabas á pedirle templo en este lugar, no obstante haberte propuesto mi indignidad y que enviases

á otra persona, á quien diese crédito; y todo se lo dije con lágrimas de mis ojos y sentimiento. Pero él con severidad me respondió, que por sólo mi dicho no podía un Prelado moverse á cosa de tanto peso y á una obra de tanta publicidad. Examinóme acerca de tu persona, y de lo que de ti había oído y entendido. Yo, como pude, le dí razón de tu persona, de tus palabras y dulzura, y él se resolvió en que me creerá, si tú quieres enviarle conmigo una señal cierta de que eres María Virgen y Madre de Dios, y de que tú eres quien me envía, y quien pides el templo en este sitio, y que no es engaño ni imaginación mía. Yo le prometí pedirte esa señal, y vengo á decírtelo todo, para que determines lo que sea de tu agrado.» Considera aquí, cómo mientras los malos persiguen á los justos, éstos con suma tranquilidad prosiguen sus santas empresas, sin podérselas estorbar las maquinaciones de sus enemigos. Por eso dijo el ángel á San Juan en el Apocalipsis: «el santo, que se santifique todavía, y el que entre inmundicia vive, que más se manche todavía» (Apoc. XXII, 11); como si dijese, mientras el malo é impío completa el número de sus delitos, y sigue haciendo daños y ensuciando su alma, que el justo y el santo, sin hacer caso de estas obras de tinieblas, y sin temer estos daños, continúen justi-

ficándose y santificándose más cada día, hasta consumar su carrera, y guardando la fe, aguardar la corona de justicia prometida por el Señor, justo Juez, como dice el Apóstol (2, Tim. IV, 8). Pondera, cómo, no sólo no estorban á los buenos las maquinaciones de los enemigos, sino que antes los ejercitan y aprovechan. «Sé que contigo hay revoltosos, y que habitas con escorpiones», decía Dios á un profeta; pero ni temas sus personas, ni tengas miedo de sus palabras» (Exech. II, 6), y al Obispo de Efeso lo alaba porque tiene paciencia entre los malos, y no desmaya por ellos (Apoc. II, 3), y al de Esmirna, porque soporta las blasfemias de los judíos (Ibid. 9); de suerte que la compañía de los malos acrecienta la corona de los buenos, y nadie puede ser estorbado en su camino hacia Dios, á pesar de las más horribles persecuciones, así como nadie pudo apartar al mensajero de María en esta vez de llegar á su destino. Démonos, pues, prisa á santificarnos, aunque los malos trabajen con diabólico ardor en destruir el reino de Dios y su justicia, aquí en la tierra.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA en la vuelta de Juan Diego, la protección de la Santísima Virgen: le buscan, y le espían, y tal vez si pudieran le habrían prendido como á impostor é intrigante; y él ¡nada sabe!; anda tranquilamente su camino; ni le ocurre volver atrás la vista para observar si le siguen, ni se intranquiliza, ni se inquieta; sosegado con la seguridad de su conciencia, llega á su destino sin cuidados, sin turbaciones, sin temores ni inquietudes. He aquí el retrato de un alma que de veras se entrega al servicio divino: camina en todo con paz y con sosiego; no se pone á pensar lo que dirán ó pensarán de ella los hijos del siglo: su conciencia la asegura, la rectitud de su intención la tranquiliza, y sigue su curso en esta vida mortal, á semejanza de esos ríos mansos, reposados, de aguas transparentes, y de corriente imperceptible, que sin estrépitos ni desbordes, fecundan los llanos y embellecen las praderas. Por esto dice la Escritura: «su bendición rebosará é inundará á manera de un río.» (Eccli. XXXIX, 27.) Del mismo modo son sus palabras y sus conversaciones, pues «de la abundancia del corazón habla la boca» (Math. XII, 34); y

así vemos que las palabras de Juan Diego á la Santísima Virgen son verdaderas sin exageración, son humildes sin fingimiento, son sencillas sin afectación: dice lo que ha pasado sin inútiles encarecimientos; cuenta su mal éxito sin inculpaciones y sin quejas; solicita la señal prodigiosa con confianza y sin vacilación. Tales deben ser nuestras conversaciones: inocentes para no ofender al Señor de toda santidad, justas para no denigrar al prójimo, sencillas para no manchar nuestras almas, y llenas de verdad para no disgustar al Dios de toda verdad y de toda justicia. ¿Son así, ¡oh alma! tus entretenimientos y conversaciones? ¿cuentas sencillamente como Juan lo que puede humillarte, ó andas buscando, por el contrario, mil maneras de alcanzar con lo que dices, tu alabanza y ensalzamiento? ¿Marchas tranquila por las vías del Señor, ó estás llena de mundanos respetos, pendiente de lo que juzguen de ti los hombres, é inquieta siempre con el temor de sus juicios y pareceres? Examínate en este punto, y enmienda lo que necesitares.

ORACIÓN

OH Virgen admirable, María de Guadalupe! ¡cuán misericordiosamente cuidas á los tuyos, y cuán esforzadamente

los defiendes, y cuán poderosamente los proteges! En verdad, Señora, que los que te encontraren hallarán la vida, y sacarán del Señor salud y favor en sus empresas y negocios. Bien descuidado puede andar el que corre en busca tuya, y sin temor ninguno puede caminar el que trata de servirte, y de profesarte veneración y cariño, y de aumentar tu devoción y tus cultos; porque tú amas á los que te aman, y guardas á los que te invocan, y auxilias á los que á ti se acogen. Yo quiero amarte más y más cada día, dulcísima Señora, quiero dedicarme con más empeño á tu servicio, ¡oh Abogada poderosa!; quiero vivir sólo para Jesús, y para ti, á fin de tener paz y quietud en mi espíritu, y de no hacer caso de las opiniones y juicios del mundo, ni envanecerme con sus alabanzas, ni acobardarme con sus censuras, ni intimidarme con sus burlas ó amenazas, sino mirarme siempre como el que aquí no tiene ciudad permanente, sino que anda en busca de la futura, donde «ni clamor, ni dolor, ni luto habrá ya más», sino que todo será paz, y gozo, y dicha perdurable. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

DÍA DÉCIMOSÉPTIMO

MEDITACIÓN

Ruégote que vengas á mí.
(Esth. V. 4.)

El día de mañana hará maravillas el Señor entre vosotros.
(Josué III. 5.)

PUNTO PRIMERO

Al oir la Santísima Virgen las razones de Juan Diego, no desdeñándose de hablar con los humildes y pobrecillos, abriendo sus virginales labios le contesta así: «Hijo Juan, mañana me volverás á ver, y yo te daré señal tan bastante, que desempeñes mi embajada y den á tus palabras entero crédito, y con que seas recibido, con aplauso y admiración. Y advierte, que no ha de quedar sin premio tu cuidado, ni ha de echarlo en olvido mi gratitud. Aquí te espero mañana, no me olvides.» Considera, sobre estas palabras, lo primero, las cualidades ó condiciones de la protección de la Virgen María. Es una protección pronta y eficaz; apenas el